

XXII

AGSPARONE.

No tenia ya que ver en la ciudad eterna mas que al eterno representante de nuestra religion, al vicario de Jesucristo, al sucesor de San Pedro. Desde que estaba yo en Italia oia hablar de Gregorio XVI como uno de los caracteres mas santos y nobles que han ilustrado el papado, y este concierto general de elogios me inspiraba el mas ardiente deseo de prosternarme á sus piés.

Así que al dia siguiente, en cuanto llegó la hora de ser recibido, me presenté en casa de Mr. de Tallenay, para suplicarle pidiera para mí una audiencia á Su Santidad. Mr. de Tallenay me respondió que iba á comunicar al instante mi demanda al cardenal Fieschi; pero al mismo tiempo me previno que como la audiencia no se me con-

cedería sino para tres ó cuatro dias despues de recibir mi peticion, si tenia que hacer en Roma ó sus cercanias alguna correría, podía aprovecharme de aquella detencion.

Me venia esto perfectamente. Cuando pasé la primera vez, habia visitado toda la campiña oriental de Roma: Tivoli, Frascati, Soubiaco y Palestrina, pero yo no habia visto á Civitta Vecchia; por lo demás, Civitta Vecchia no tendria nada que ver, si no tuviese una mazmorra, y esta mazmorra no tuviese el honor de encerrar al famoso Gasparone.

En efecto, os he contado muchas historias de bandidos, ¿no es así? Os he hablado sucesivamente del siciliano Pascal Bruno, del calabrés Marco Brandi, y de aquel famoso conde Horacio, ese ladron de caminos reales, de modales encantadores, con guantes amarillos, y el traje arreglado por Humann.

Pues bien, todos esos bandidos no son nada para Gasparone. Hay mas; ved todos los demás bandidos; acordaos de Dicci Nove, tomad por punto de comparacion á Pietro Mancino, aquel hábil tuno que robó un millon en oro, y que, satisfecho de la suma, se fué á vivir honradamente á Dalmacia, haciendo desde allí muecas á la policia romana; ó á Giuseppe Mastrilla, ese incorregible ladron que en el momento de morir, no pudiendo robar á nadie, robó su alma al diablo; tomad á Gobertineo, al famoso Gobertineo, á quien vosotros los parisienses no conocéis, pero cuyo nombre orillas del Tiber está al nivel de los mas grandes nombres; Gobertineo que asesinó con sus manos nuevecientas setenta personas, entre ellas seis niños, y que murió con el piadoso sentimiento de no haber llegado al número mil, como habia ofrecido á San Antonio, y que en el momento de morir temia condenarse por no haber cumplido su voto; tomad á Oronz Albeyna, que mató á su padre como Edipo, á su madre como Orestes, á su her-

mano como Rómulo, á su hermana como Horacio; tomad á los Sondino, los Francatripa, los Calabrese, los Mezza Pinta, y no llegarán á Gasparone. En cuanto á Lacener, aquel bucólico asesino que ha hecho tanto honor á la literatura, escusado es decir que como asesino y poeta, no es digno siquiera de descalzar á su ilustre colega.

Se comprende que no podia ir á Roma y pasar por consecuencia á doce leguas de Civitta Vecchia, sin ir á ver á Gasparone.

Marchamos esta vez en diligencia. Este vehiculo, que no es demasiado malo para ser una diligencia romana, emplea cinco ó seis horas de Roma á Civitta Vecchia. Escuso decir que me habia provisto de una carta, cosa muy difícil de obtener, para visitar la mazmorra y tener el honor de ser presentado á Gasparone. No necesitaba, pues, otra cosa.

Nada diré de la campiña de Roma: la descripción de ese magnífico yermo tiene su sitio en otro lugar. Roma es una cosa santa que es preciso visitar aparte y religiosamente.

Al bajarnos del carruaje, fuimos para evitar todo retraso, á prevenir al gobernador de la fortaleza acerca de nuestra intención de visitar á su ilustre prisionero; unimos nuestra tarjeta á la carta, y nos pusimos á la mesa.

A los postres vimos entrar al gobernador, que iba en persona á buscarnos.

Como se comprende, me apoderé de su escelencia, y por el camino le fui preguntando.

Hacia diez años que Gasparone habitaba la fortaleza por efecto de una capitulación, cuya principal condición era que á él y sus compañeros se les perdonaria la vida.

Os encontráis en las calles de Roma una porción de venerables ancianos alaviados como nuestros aldeanos de la Opera cómica, y que se pasean con un junco á la Dor-

meuil en la mano. ¿Quiénes son esas gentes honradas? buenos padres de familia, excelentes esposos, honrados ciudadanos; verdaderas fisonomías de electores, verdadero aire de guardias nacionales; os llevais la mano al sombrero.

¡Cuidado! vais á saludar á un bandido que ha capitulado; vais á ser cortés con un truhan que hace tres ó cuatro años os hubiera cortado las orejas en el camino de Viterbó á Terracina, si no rescatábais cada una de ellas por mil escudos romanos.

Nolad que los escudos romanos no se han alterado como los nuestros, y siguen valiendo seis francos.

Tambien hay algunos de esos mocitos que han estipulado una renta, la cual les paga el gobierno cada trimestre con tanta religiosidad como si hubiesen colocado sus fondos en el Estado.

Desgraciadamente para Gasparone, se habia adquirido una de esas reputaciones que no permite á los que la disfrutan volver á caer en la oscuridad. Se temia, dejándole libre, que se le ocurriese el dia menos pensado algun capricho de gloria, y que este Napoleon de la montaña quisiese tambien ensayar su retorno de la isla de Elba.

Así que Gasparone y sus veinte y un compañeros fueron rigurosamente inscritos en el registro de la ciudadela de Civitta-Vecchia.

Al principio Gasparone se encolerizó, mordió y sacudió los barrotes como un tigre cogido en el lazo, dijo que habia sido vendido, y que la libertad era una de las condiciones de la capitulación; pero el papa Leon XII, de enérgica memoria, le dejó desfogar á su sabor, y poco á poco se fué tranquilizando Gasparone.

El gobernador nos refirió por el camino algunas jugarretas que se atribuyen á Gasparone: algunas de ellas son

producto de una imaginación bastante original, y merecen ser referidas.

Gasparone era hijo del mayoral de los pastores del príncipe de L... Hasta la edad de diez y seis años, fué ejemplar su conducta: solo sí, acaso por su orgullo, era demasiado aficionado á los trages lujosos, á los buenos caballos y á las bonitas armas que veía á los jóvenes señores romanos. Mas sin embargo, había una cosa que Gasparone prefería á las bonitas armas, los buenos caballos y á los trages lujosos, y era Teresa, su bella querida.

Un domingo estaban Gasparone y Teresa, en casa del príncipe L... que los trataba con mucha indulgencia; las hijas del príncipe, una de las cuales era de la misma edad que Teresa, y la otra algo mas joven, se divertieron en vestir á la joven aldeana con uno de sus vestidos y en adornarla con sus joyas. La joven doncella era coqueta, aquel rico atavío con el que se había encontrado un instante mas bella que bajo su pintoresco traje de aldeana, la hizo concebir deseos: sin duda si hubiese pedido el vestido y aun algunas de sus joyas, á las hijas del príncipe, se lo hubiesen dado; pero Teresa era orgullosa como una romana, la hubiese causado vergüenza espresar semejante deseo ante aquellas jóvenes; encerró su deseo en lo mas profundo de su corazón, se dejó quitar el vestido y desprender hasta su última alhaja. Mas apenas salió de la habitación de las jóvenes princesas su bella frente se inclinó pensativa. Gasparone notó su distracción; pero á todas las preguntas que la hizo para saber que tenía, Teresa se contentó con responder con ese tono tan significativo en la mujer que desea una cosa y no se atreve á decirlo: — ¿Qué quereis que tenga? no tengo nada.

Por la noche entró Gasparone de improviso en la habitación de Teresa, y encontró á Teresa llorando.

Ya no era posible negar el pesar; todo lo que podía hacer Teresa era procurar ocultar la causa.

Teresa intentó hacerlo, pero de tal modo la instó Gasparone que se vió obligada á confesar que aquel lindo vestido que se había probado, y aquellas alhajas con que se había adornado, la habían hecho entrar en deseos de tenerlo, y que quisiera poseerlos aunque no fuese mas que para adornarse sola en su habitación y ante su espejo.

Gasparone la dejó hablar; despues, cuando hubo concluido:

— ¿Dices, pues, la preguntó, que serias feliz si tuvieras este vestido y esas alhajas?

— ¡Oh! sí, exclamó Teresa.

— Está bien, dijo Gasparone. Esta noche lo tendrás.

Aquella misma noche se prendió fuego la villa del príncipe L.... precisamente en la parte del edificio que habitaban las jóvenes princesas. Por fortuna, Gasparone, que rondaba en las cercanías, fué uno de los primeros que vió el incendio, se precipitó en medio de las llamas, y salvó á las dos jóvenes.

Todo aquella parte de la villa fué devorada por el incendio, y la intensidad del fuego era tal, que no se intentó siquiera ni salvar los muebles ni las alhajas.

Solo Gasparone se atrevió á arrojarle por tercera vez á las llamas, pero no volvió á aparecer, se creyó que había perecido, pero se supo que no pudiendo volver á pasar por la escalera que se había hundido, había saltado desde lo alto de un balcon que daba al campo.

El príncipe hizo buscar á Gasparone y le ofreció una recompensa por el valor que había mostrado, pero el joven rehusó altivamente, y por mas instancias que le hizo su alteza, no quiso aceptar nada.

Se aproximaba la semana de pascua. Gasparone era demasiado buen católico para no cumplir exactamente con sus deberes de cristiano. Fué á confesarse como de costumbre con el cura de su parroquia; pero esta vez el cura,

sin saberse porque, le rehusó la absolucion. Establóse entonces una disputa entre el confesor y el penitente; y como el confesor persistiese en su negativa á absolver al jóven, este que no queria volverse con la conciencia intranquila, mató al cura de una puñalada.

Gasparone, á quien no impedia ser muy buen cristiano á su manera, fué á acusarse ante otro sacerdote, del crimen que le habia valido la negativa del primero, y del asesinato de este. El nuevo confesor á quien la suerte de su predecesor no dejaba de almar, rehusó al principio por hacerse valer, pero concluyó por dar ámplia y completa absolucion que pedia Gasparone.

Con lo que Gasparone, satisfecho su corazon y tranquila el alma, fué á engancharse como bandido en la compañía de Cucumello.

Este Cucumello era un bandido bastante afamado, aunque de segundo órden; además era pequeño, bermejo y bizco, en suma muy feo, defecto capital para un gefe de compañía. Esto no impedia que le obedecieran al menor movimiento de sus ojos. Pero se le obedecía, á esto se reducía todo: sin afeccion, sin entusiasmo, sin fanatismo.

La aparicion de Gasparone en medio de la compañía hizo grande efecto: Gasparone era corpulento, fuerte, diestro y astuto. Gasparone era poeta y músico, improvisaba versos como el Tasso, y melodías como Paesiello. Gasparone fué considerado inmediatamente como un sugeto que debia llegar muy lejos.

Le preguntaron cuales eran sus títulos para hacerse brigante, respondió que habia puesto fuego á la villa del príncipe L... por regalar á su querida un vestido, un collar y un brazaletes que habia deseado, y que como el sacerdote de la parroquia le negase la absolucion de aquel pe-
cadillo le habia asesinado para escarmiento.

Esta relaciu pareció confirmar la buena opinion que el aspecto de Gasparone habia inspirado á primera vista á los bandidos, y fué recibido por aclamacion.

Ocho dias despues, los carabineros rodearon la compañía de Cucumello, que, por una órden imprudente del gefe se habia aventurado en un terreno peligroso. Gasparone que marchaba el primero, se encontró de repente entre dos carabineros; los dos soldados estendieron á un mismo tiempo la mano para cogerle, pero antes que hubiesen tenido tiempo de tocarle al cuello de su chaqueta, habian caído ambos heridos por su puñal. Como de costumbre, cada uno echó entonces por su lado. Gasparone se internó en la espesura, perseguido por seis carabineros; pero aunque Gasparone tenia buen corazon no huía por huir: conocia la historia romana, la anécdota de los Horacios y Curriacios le habia parecido siempre de las mas ingeniosas, y su fuga no tenia otro objeto que ponerla en práctica. En efecto, cuando vió á los seis carabineros separados entre la espesura, y extraviados en su presencia, volvió sucesivamente sobre ellos y atacando á cada uno á su vez, mató á los seis, despues de lo que se dirigió al lugar de cita que los bandidos toman siempre por precaucion para una expedicion cualquiera, á cuyo sitio fueron poco á poco reuniéndosele sus compañeros.

Sin embargo, al llegar la noche, cuatro hombres faltaban al llamamiento, y en el número de esos cuatro hombres estaba Cucumello.

Se propuso echar suertes para saber quien de los bandidos iria á Roma á saber noticias de las muertes; Gasparone se ofreció como mensajero voluntario, y aceptaron.

Al aproximarse á la puerta del Popolo vió cuatro cabezas recientemente cortadas; que colocadas con simetria adornaba la cornisa.

Se aproximó á las cabezas, y reconoció que eran las de sus tres compañeros y su gefe.

Era inútil ir á buscar mas lejos otras noticias, pareciendo á Gasparone que bastaba las que tenia que llevar á los bandidos; volvió á tomar el camino de Tusculo, en cuyas inmediaciones estaba la compañía.

Los bandidos escucharon la relacion de Gasparone con una notable filosofia; despues, como resultaba claramente de aquella relacion, que Cucumello habia fallecido, se procedió á la eleccion de otro gefe.

¡Gasparone fué elegido por una formidable mayoría! —
Estilo del *Constitucional*.

Entonces comenzó esa série de expediciones arriesgadas, de aventuras extraordinarias, y de caprichos escéntricos, que dieron á Gasparone la reputacion europea de que tiene el honor de gozar hoy, y que autoriza á su mujer á escribirle bajo este sobre, de que nadie se admira :

AL ILUSTRISIMO SIGNORE ANTONIO GASPARONE.

VI BAGNÉ DI CIVITTA VECCHIA.

Y en efecto, bien merece Gasparone el titulo de ilustrísimo, tan prodigado en Italia, y que se rehabilitaria muy pronto si no se aplicara mas que á semejantes celebridades; porque durante diez años, desde Santa Agata á Fondi, y desde Fondi á Spoleto, no se ejecutó un robo, no se prendió un incendio, no se cometió un asesinato. — y dios sabe cuántos robos se ejecutaron, cuántos incendios se prendieron, cuántos asesinatos se cometieron, — sin que ni un robo, ni un incendio ó asesinato dejase de llevar unido el nombre de Gasparone.

Como se comprenderá, todas estas noticias no hacian mas que aumentar singularmente mi curiosidad, que llegó á su colmo cuando nos acercamos á la puerta de la fortaleza.

A la presencia del gobernador que nos acompañaba, se

abrió la puerta como por encanto; el carcelero llegó, se inclinó y en seguida, por orden de su esclencia, marchó delante de nosotros.

Primero entramos en un gran patio, todo erizado de pirámides de balas herrumbrosas, y defendido por cinco ó seis viejos cañones dormidos en sus cureñas; al rededor de este patio, semejante á un claustro, habia un enverjado, y en uno de los cuatro lados de esta reja se abrian veintidos puertas, veintiuna de las cuales daban á los calabozos de los compañeros de Gasparone, y la veintidos á la del mismo Gasparone.

A una orden del Gobernador, todos los bandidos se colocaron á la puerta de su calabozo, como para pasar una visita.

De antemano, y por su reputacion, nos habiamos figurado que ibamos á ver hombres terribles, de mirada feroz y trage caprichoso : nos equivocamos singularmente.

Vimos esclentes aldeanos, como se les ve en la ópera cómica, con fisonomías apacibles y miradas las mas bondadosas.

Teniamos los bandidos á la vista, y no pudiendo creer que fueran ellos, aun los buscábamos en otro punto.

¡Recordais los turcos de la embajada otomana, que encontramos de tan buena presencia, tan novelescos, tan poéticos, con sus túnicas bordadas, sus ricos dolmanes, sus magnificas cachemiras, y que hoy con su sobretodo azul, como funda de paraguas, y sus gorros griegos, parecen botellas lacradas con lacre encarnado?

Pues bien, asi sucedió con nuestros bandidos.

Contábamos con Gasparone para elevar algo el valor físico de toda la compañía; estaba el último de sus compañeros, ocupando el primer calabozo de la circunferencia, de pié como los demas en el dintel de la puerta, con las manos en los bolsillos de su pantalon, esperando órdenes con un aspecto patriarcal.

Allí estaba aquel hombre que durante diez años había hecho temblar los Estados romanos, que había tenido un ejército, que había luchado cuerpo á cuerpo con Leon XII, uno de los tres papas guerreros que cuentan en su galería los sucesores de San Pedro; los otros dos son como se sabe, Julio II y Sisto V.

Nos invitó con voz casi cariñosa á entrar en su calabozo.

Aquella voz cariñosa es la que había dado tantas órdenes de muerte, aquellas bondadosas miradas eran las que habían lanzado tan terribles relámpagos, aquellas manos inofensivas eran las que se habían teñido tan frecuentemente en sangre humana.

Era cosa de creer que nos habían robado á nuestros ladrones.

Gasparone me renovó con la urbanidad que ya había admirado en sus camaradas, la invitación de entrar en su calabozo, invitación que acepté yo sin hacerme de rogar. Esperaba que á falta de leon encontraría al menos una caverna.

La caverna era una habitación pequeña, bastante limpia, aunque muy miserablemente amueblada.

Entre estos muebles, que se componían de una mesa, dos sillas y una cama, uno solo llamó mi atención muy especialmente.

Cuatro estantes de pino clavados en la pared simulaban una biblioteca contenían á su vez algunos libros.

Me respondió que los libros, la habitación y su propietario estaban á mi disposición.

Tuve curiosidad de ver cuales eran las lecturas favoritas del bandido, y le pedí permiso para ver la parte interesante de su mobiliario.

Por lo que me aproximé á los estantes y con gran admiración mía ví : primero un *Telémaco*; junto al *Telémaco* un *Diccionario francés-italiano*; al otro lado del *Diccionario*

nario Francés italiano, una magnífica edición de *Pablo y Virginia*, muy destrozada y manchada; en fin las *novelas morales*, de Soane, y los *Animales parlantes*, de Casti.

Ademas algunos otros libros que hubiesen podido estar en un colegio de señoritas.

— ¿Es de vuestra propia elección esta biblioteca, ó es el gobernador quien os la ha proporcionado? pregunté á Gasparone.

— Es de mi propia elección, ilustrísimo señor, respondió el bandido; siempre he tenido afición á las lecturas de este género.

— Veo en vuestra colección dos obras de dos compatriotas míos, Fenelon y Bernardino de Saint Pierre; ¿hablares nuestra lengua?

— No; pero la leo y la comprendo.

— ¿Haceis mucho aprecio de esas dos obras?

— Tanto aprecio que en este momento me ocupo de traducir el *Telémaco* al italiano.

— Hareis un regalo de valor á vuestra patria vertiendo al idioma del Dante una de las obras maestras del nuestro.

— Desgraciadamente, me respondió Gasparone con suma modestia, soy incapaz de notar de un idioma á otro las bellezas de estilo; pero al menos quedarán las ideas.

— ¿Y en qué estáis de vuestra traducción?

— Al final del primer volumen.

Y Gasparone me enseñó sobre su mesa una pirámide de papeles que tenían una escritura de caracteres gruesos : era su traducción.

Leí algunos pasajes de ella. Aparte de la ortografía, acerca de la que me pareció que Gasparone, como el Señor Marle, tenía ideas especiales, no era peor que las mil traducciones que todos los días se nos dan.

Muchas veces hice tentativas para llevar á Gasparone á

su vida pasada, pero otras tantas dió otro giro á la conversacion. Al fin, á una alusion mas directa :

— No me habéis de ese tiempo, me contestó, desde hace diez años que habito en Civita Vecchia, me he desengañado de las vanidades del mundo.

Conocí, que sería indiscreto ir más allá en mis investigaciones, y que sería importuno permaneciendo allí mas tiempo; supliqué á Gasparone escribiese sobre mi album algunas líneas de su traduccion eligiendo un pasage segun la inclinacion de su corazon.

Sin hacerse de rogar, tomó la pluma y escribió las líneas siguientes :

« L'innosenza dei costunsi, la buona fede, l'obediencia e l'orrore del vizio habitano questa terra fortunata. Egli sembla che la dea Astrea, la quale si dice ritirata nel celo, sia anche costinacosta fra questi nomini, Essi non anno bisogno di giudici, giacche la loro propria coscienza gle ne tiene luogo.

« Civita Vecchia, li 25 Ottobre, 1835.

— Di gracias al bandido, y le pregunté si necesitaba alguna cosa.

Al oír esta pregunta, levantó altivamente la cabeza.

— Nada necesito, me dijo, Su Santidad me da dos paoli diarios para mi tabaco y mi aguardiente; esto me basta. Alguna vez he tomado, pero jamás he pedido limosna.

Le supliqué me perdonase, asegurándole que le habia hecho aquella pregunta con una intencion sana y de ningun modo para ofenderle.

Recibió mis excusas con mucha dignidad, y me saludó como hombre que desearia visiblemente terminar allí sus relaciones conmigo.

Me retiré bastante humillado por haber conseguido tan

poco efecto sobre Gasparone. y como Jadin habia terminado el boceto que de él habia hecho de oculto, volví su saludo á mi huesped y saí de su habitacion.

Por mucho tiempo he creído, y aun todavia lo creo en parte, que me enseñaron un supuesto Gasparone.

XXIII

UNA VISITA A SU SANTIDAD EL PAPA GREGORIO XVI

Al llegar á Roma encontré una carta de Mr. Tallenay, mi audiencia estaba concedida para el día siguiente.

Invitábaseme á que estuviera dispuesto al día siguiente á las once y de uniforme.

Pero aquí ocurría una gran dificultad; en aquella época en que yo iba á Italia por la primera vez, no conocía la necesidad del uniforme y habia descuidado el hacerme uno: encontrábame, pues, simplemente portador de un traje negro, aun este un poco usado en catorce meses de viage. Mr. de Tallenay espuso mi compromiso, lo pusieron en conocimiento de Su Santidad, quien respondió que por miramientos á la recomendacion de que me habia

hecho preceder se derogarian para mí las leyes de la etiqueta.

Verdad es que esta recomendacion era una carta autógrafa de la reina; pero apresurémonos á decirlo, no era solo por venir de la reina por lo que producía aquel efecto, sino por venir de la mas digna, de la mas noble, de la mas santa de las mujeres.

¡Pobre madre! á quien Dios colocó sobre la cabeza la corona de espinas de su propio hijo!

Al día siguiente, á la hora convenida, fui á la embajada de Francia; Mr. Tallenay me esperaba; partimos. Esperimentaba, lo confieso, la emocion mas profunda que en mi vida esperimenté. No sé si existe un hombre mas accesible que yo á las impresiones religiosas; habia sido recibibo ya por algunos reyes del mundo; habia visto un emperador que valia tanto como el que mas que se llamaba Napoleon, es decir, una cosa semejante á Carlo Magno ó á Cesar: pero era la primera vez que iba á encontrarme frente á frente con la mas santa de las magestades.

Despues he tenido el honor de ser recibido dos veces por su Santidad, y la última con una bondad tan especial que conservaré un eterno reconocimiento por él; pero siempre mi emocion fué la misma y no puedo compararla sino á la que esperimenté cuando comulgúe por primera vez.

A la mitad de la escalera del Vaticano me ví obligado á detenerme; de tal modo temblaban mis pierdas. Pasé por medio de las maravillas de los antiguos y de los modernos, sin verlas. Me sucedía lo que á los pastores que siguen la estrella y nada miran mas que á ella.

Nos introdujeron en una antecámara muy sencilla que tenia muebles de encina. Esperamos un instante mientras avisaban á Su Santidad. Este instante fué para mí casi de ansiedad, tan grande era mi emocion; cinco minutos despues se abrió la puerta y nos hicieron seña de que podíamos pasar.

Mr. Tallenay me había puesto al corriente de la etiqueta; el papa recibe siempre en pié: tres veces aquel á quien se digna recibir, se arrodilla ante él. — La primera en el dintel de la puerta. — La segunda despues de haber entrado en la habitacion. — La tercera á sus piés. Entonces presenta su chinela en la que hay una cruz bordada, para que se vea bien que el homenaje al hombre se eleva directamente á Dios, y que el servidor de los servidores de Cristo no es mas que el intermediario entre el cielo y la tierra.

El papa no habla en sus audiencias mas que latin ó italiano, pero aunque hablasen en francés lo entiende perfectamente.

Llegué á la puerta de su cámara pontificia temblando todavía mas que en la escalera: seguia inmediatamente al embajador, y entre él y la puerta ví á Su Santidad en pié esperándonos.

Era un venerable y corpulento anciano, de edad de sesenta á sesenta y ocho años, sencillo y digno á la vez, con un aspecto de bondad paternal que resalta en toda su persona: llevaba sobre su cabeza un pequeño solideo blanco y estaba vestido de una toga del mismo color, abotonada de alto á bajo que le caía sobre sus piés.

Arrodillóse el embajador y yo tambien me arrodillé cerca de él; pero un poco detrás: entonces me hizo seña de que me aproximara, indicándome con aquella seña que suprimia la segunda genuflexion. Nos dirigimos, pues, hácia él; dió un paso hácia nosotros, y presentó á Mr. Tallenay su mano en lugar de su anillo y se levantó. En seguida me llegó mi vez.

Lo repito, tan aturdido me hallaba encontrándome frente á la representacion viva de Dios sobre la tierra que no sabia ni aun lo que hacia; así en lugar de hacer lo que mitor Stain á quien Luis XIV instaba á subir el primero en su carruage, el cual pensando que viniendo de tan alto

toda invitacion es una órden, subió en él sin replicar, cuando el papa me presentó su anillo como habia hecho á Mr. Tallenay, insistí en besarle el pié; el papa sonrió.

— Sea, pues lo quereis, dijo, y me presentó la chinela.

— ¡Tibi et Petro! dije balbuceando y aplicando mis labios á la cruz.

El papa sonrió á esta alusion y presentándome de nuevo la mano me levantó, preguntándome en el idioma de Ciceron, pero con el acento de Alfieri, que era lo que me llevaba á Roma.

Supliqué entonces á Su Santidad se dignase hablarme italiano siéndome el idioma latino muy poco familiar para que pudiese comprenderle perfectamente, sobre todo con el acento tan diferente del nuestro que le dan los italianos modernos. Entonces Su Santidad me repitió su pregunta en el idioma de Dante.

Como este idioma era el que yo hablaba hacia un año desapareció mi embarazo y me quedó solo la emocion.

Los soberanos son como las mujeres, experimentan siempre cierto placer en ver el efecto que producen: no sé si el papa fué accesible á este pequeño sentimiento de orgullo; pero lo que sé es que durante toda esta audiencia no ví en su rostro mas que una completa serenidad.

Hablamos de todo; del duque de Orleans, á quien apreciaba mucho; de la reina, á quien veneraba como una santa; del señor Chateaubriand, á quien amaba como á un amigo.

Despues recayó la conversacion sobre el movimiento que se verificaba en Francia. Gregorio XVI le seguia con los ojos, pero no se engañaba acerca de su resultado: él le consideraba como un movimiento mas cristiano que católico, mas social que religioso.

Despues me habló de las misiones de la India y el Thibet; me indicó unas cartas geográficas de gran tamaño,

en las que estaba señalado con alfileres de cabeza de cera, el camino seguido por los misioneros y los puntos mas avanzados á donde habian llegado. Me refirió muchos de los suplicios que habian sufrido los modernos mártires con no menos valor y resignacion que los mártires antiguos. Me citó todos los nombres de esos últimos apóstoles de Jesucristo, nombres que en medio de nuestro movimiento político y nuestras agitaciones sociales ni aun han llegado hasta nosotros.

Ahora bien, para este corazon lleno de esperanza y de fé, la religion, lejos de marchar á su decadencia, todavia no ha llegado á su apogeo.

Y en efecto, permitido es verlo asi cuando uno se llama Pio VII ó Gregorio XVI, y cuando desde lo alto de un trono que se eleva sobre el de los reyes y emperadores, se da al mundo el ejemplo de todas las virtudes.

Despues de haber pasado revista una tras otra á todas esas grandes cuestiones Su Santidad quiso volver á ocuparse de mí.

— Hijo mio, me dijo, acabais de hablarme como un hombre que separándose alguna vez de la religion, como hace un niño de la que le ha dado su leche mas pura, no ha olvidado sin embargo, esa madre universal y sublime. ¿No habeis pensado, pues, jamás que en un tiempo como el nuestro en que todas las nobles creencias tienen necesidad de afirmarse, el teatro seria una cátedra donde podria resonar tambien la palabra de Dios?

— Se diria que Vuestra Santidad lee en lo mas profundo de mi corazon, respondí; sí, mi intencion es exactamente esa; pero no sé si en nuestra época, gangrenada todavia por las doctrinas de la Enciclopedia, las orgías de Luis XV y las torpezas del Directorio, ha llegado el tiempo de pronunciar de nuevo en la escena las severas y religiosas palabras que hicieron oír en el siglo XVII Corneille en el, *Polieucte* y Racine en *Athalie*. Nuestra generacion

las escucharía sin duda, porque ¡cosa estraña! entre nosotros los jóvenes son los hombres graves. Pero los que han aplaudido desde hace cuarenta años las Sentencias de Voltaire, los Conceptos de Marivaux y las Sentencias de Beaumarchais, han olvidado completamente la Biblia, y se acuerdan muy poco del Evangelio. Vuestra Santidad me ha hablado hace poco de sus misioneros. Si yo intentase semejante obra, podria muy bien tener en Paris la suerte que ellos tienen en la India, en la China y en el Thibet.

— Sí, eso es, respondió Su Santidad sonriendo; en efecto, no os sentís bastante fuerte para el martirio.

— Si tal, pero lo confieso, necesito ser animado por una palabra de Vuestra Santidad.

— ¿Teneis ya vuestro argumento?

— Hace largo tiempo, y el verdadero objeto de mi viaje á Roma, á Nápoles, era estudiar la antigüedad, no la antigüedad de Tito Livio, de Tácito y Virgilio, sino la de Plutarco, Suetonio y Juvenal. He visto á Pompeya, y Pompeya me ha referido todo lo que queria saber, es decir, todos esos detalles de la vida privada que no se encuentran en ningun libro; asi que estoy dispuesto.

— ¿Y cómo se llamará vuestra obra?

— Calígula.

— Es una bella época; pero no podreis colocar en ella á los primeros cristianos: los primeros cristianos, ya lo sabeis, no empezaron sino posteriormente á la muerte de ese emperador.

— Lo sé, Padre Santo, pero he encontrado medio de adelantarme á esa opinion adoptando la tradicion popular que hace morir á Magdalena, la del santo bálsamo, y haciendo partir la luz de Occidente, en lugar de hacerla estenderse de Oriente á Occidente.

— Hacedlo, hijo mio; lo que hagais con ese objeto acaso no tenga éxito á los ojos de los hombres, pero tendrá el mérito de la intencion á los del Señor.

— Y si tengo la suerte de vuestros misioneros de la India, de la China y del Thibet, ¿se dignará Vuestra Santidad acordarse de mi?

— Deber es de la Iglesia, respondió riendo Su Santidad, orar por todos sus mártires.

La audiencia habia durado una hora. Me incliné.

— Voy á despedirme de Vuestra Santidad, dije al papa, pero con un sentimiento.

— ¿Cuál?

— El de no llevar nada que esté bendecido por vos, si hubiese sabido que os encontraría tan bondadoso para conmigo, hubiese comprado dos ó tres rosarios, que me serian muy preciosos, para mi madre y mi hermana.

— Eso no importa, respondió Su Santidad. Comprendo vuestro deseo, y no quiero os separeis de mi sin dejaros satisfecho.

Al decir estas palabras, el papa se dirigió hácia un pequeño armario que estaba en el ángulo de su cámara, y sacó de él dos ó tres rosarios y otras tantas crucecitas de madera y nácar; despues, habiéndolos bendecido, los puso en mi mano.

— Tomad, me dijo; estos rosarios y estas cruces vienen directamente de Tierra Santa. Han sido trabajados por los monges del Santo Sepulcro, y están tocados á él. Además, acabo de conceder á las personas que los lleven todas las indulgencias de que dispone la Iglesia.

Me puse de rodillas para recibirlos.

— Una Vuestra Santidad su bendicion á este precioso regalo, y no tendré nada mas que pedirle que no me confunda en su memoria con la multitud de los que se digna recibir.

Sentí las dos manos del digno y santo anciano descansar en mi cabeza: me incliné hasta tierra y besé por se-

gunda vez su chinela. Despues salí llenos los ojos de lágrimas y de fé el corazón.

Dos años despues de mi audiencia, *Caligula* ha aparecido: lo que yo habia previsto sucedió, y si Su Santidad me ha cumplido su palabra, mi nombre debe estar inscrito en el martirologio.